

*complicidad* entre religión y ciencia, la defensa de la solidaridad internacional frente a las injusticias evidentes, la necesidad de un ecumenismo con las filosofías orientales, los males actuales de la sociedad como el Sida o los accidentes de tráfico, así como la incompreensión de males *gratuitos* por parte del hombre actual en su nueva visión de la naturaleza y de la vida animal, dan a este libro una gran actualidad en cuanto a sus interrogantes.

Este interés se extiende también a las propias perspectivas del análisis. El autor pone sobre la palestra, durante el ejercicio de este ordenamiento lógico de ideas, a los pensadores *clásicos* del problema, desde Platón y San Agustín hasta Descartes, Hume, Kant o Leibniz, e igualmente actualiza el debate, contando con algunos pensadores actuales y perspectivas más conocidas, como los de Plantinga, Lewis y la filosofía analítica, junto a otros que podrían resultar menos familiares, como Stafford Betty, Griffin o W. Hasker.

Respecto al puente de construcción lógica, que antes mencionaba, son dos especialistas principalmente los que ayudan al autor en su diseño. John Hick y Richard Swinburne dibujan una teodicea en la que se antepone la libertad y la realización del hombre como bienes supremos y defienden la visión de un Dios Creador que realiza su obra en una naturaleza razonable y razonada como la mejor de las posibles. Nuestro autor funde estas dos teodiceas con una tercera que centraría el no-determinismo divino como fundamento lógico de la persistencia del mal. Esta argumentación satisfaría, a juicio del autor, la razón del mal moral, aunque dejaría abierto sin resolverse plenamente el mal natural.

Finalmente conviene resaltar que este libro posee intereses muy variados y valiosos. Uno de ellos sería el acercamiento a un problema filosófico tan crucial y aparentemente complejo de una forma accesible, el otro el de facilitarnos una actualización del debate, dentro de sus diferentes enfoques, y además, el del propio desafío de un creyente, que oponiéndose a la apelación de la ignorancia o la indiferencia, trata de hacer compatible el mal, o los males actuales, con una validez razonada lógicamente del teísmo.

Algunos detalles menores no entorpecen los méritos anteriores. Pero se echa de menos un índice onomástico y una bibliografía final, que resultarían sin duda útiles tanto a su lectura como a la investigación posterior.

Francisco Peña Fernández

GEORGE, LUCK, *Arcana Mundi. Magia y Ciencias Ocultas en el Mundo Griego y Romano*, ed. Gredos, Madrid 1995, (trad. esp. Elena Gallego y Miguel E. Pérez), 456 pp.

Esta obra sale en España a unos diez años vista de su publicación original en inglés (en 1985 en EE.UU., y en 1987 en Gran Bretaña), y tras una reciente y exitosa edición del

mismo en italiano, lo que es indicativo de su potencial, y real, valor historiográfico para el estudio de la religiosidad, de las mentalidades, de la sociedad greco romana.

Hemos de felicitarlos, pues, por la iniciativa, sin duda acertada, de la editorial Gredos de publicar en español el libro de Georg Luck, y de hacerlo además con la exquisitez y rigor científico a que nos tiene acostumbrados. *Arcana Mundi* (*A.M.*) es una aportación muy importante al conocimiento de la religiosidad popular de los griegos y de los romanos, y en consecuencia de un aspecto de la vida cotidiana y de las inquietudes y zozobras espirituales de las gentes ante su existencia, su supervivencia, su salud, su felicidad; todo ello a través de los textos que muestran hechos, prácticas, ritos, creencias, desde/en *el lado oscuro* de cada persona.

Quiero elogiar en este caso la labor —en general soslayada— de los traductores. Elena Gallego Moya (sobre el texto inglés) y Miguel E. Pérez Molina (en la revisión de textos griegos y latinos) han realizado un ejercicio de sobriedad y de competencia plena que nos da en conjunto un texto claro y ágil, aun cuando la narración, plagada de entrecomillados y cursivas, se presta poco a ello. En este caso, a mi juicio, no vale el malintencionado lema *traduttore traditore* que obsesiona, o debería, a todo traductor riguroso. En este libro, la colegialidad de los traductores da buenos frutos; a ambos competen la metodología (*cfr. A.M.*, pp. 29-31) y los criterios de selección de textos clásicos que ya habían sido traducidos al español, sin traicionar en ningún caso el discurso que Luck elabora sobre la versión electa de los textos clásicos en la versión inglesa.

Por suerte para nosotros, la edición española de *A.M.* viene acompañada de un Prefacio del autor (pp. 9-28), muy valioso, donde Luck, en continua referencia a los estudios de los últimos años sobre el tema objeto de su libro, pasa revista, para concretarlos o revisarlos, conceptos fundamentales de *A.M.*, como son las relaciones magia-ciencia, magia-religión, magia-filosofía, o bien insistir en el concepto de *dýnamis*, haciendo incursiones en la cultura egipcia y al sincretismo helenístico, ámbitos ajenos del marco histórico de *A.M.* Este prefacio a la edición española es un clarividente ensayo sobre cuestiones generales antes enunciadas, pero que *eo ipso* es un continuo abrir de puertas y de sugerencias a la investigación, al conocimiento, por ejemplo a propósito de la estrecha relación entre medicina y magia, o la personalidad de los *magi*. El capítulo se cierra con una invitación del autor a que *alguno* de los lectores españoles se sienta cautivado por los *arcana mundi*, entiendo *científicamente* ya sea desde la perspectiva del historiador del Mundo Antiguo, del historiador de las religiones, o incluso del teólogo. Ciertamente, en España el estudio de la magia en la Antigüedad y sus implicaciones religiosas ya en el ámbito público o político a través del rito, ya en el ámbito privado (percepción subjetiva de la divinidad o de uno de sus gestos) no es tema abundante. La colección de Papiros Mágicos Griegos, la conocida PGM de Preisendanz y sus colaboradores, ha sido traducida sólo hace unos pocos años, también por Gredos en su Biblioteca Clásica, y no tuvo, no ha tenido, la suficiente repercusión en la comunidad científica, aunque todos reconozcamos su valor y sepamos *que está ahí*. Es mi deseo que en el marco de la reciente Sociedad Española de Ciencias de las Religiones cobren impulso los estudios sobre los aspectos *irracionales* de la religión y la religiosidad de los antiguos, no tan distinta de la nuestra. Hay que decir, no obstante, que en España cada vez son más los estudios relativos a lo que se puede denominar el entorno de los *arcana*; y aprovecho la ocasión para recordar y

recomendar el todavía reciente libro del profesor Santiago Montero, *Diosas y adivinas. Mujer y adivinación en la Roma antigua*, Madrid 1994, publicado por Trotta.

El evidente y grande mérito de Luck es haber construido su *A.M.* sobre un sólido armazón de textos antiguos, 122 griegos y latinos, datables entre el siglo VIII a.C y el s.IV d.C. con los testimonios de historiadores y filósofos, de poetas y oradores, que muestran la visión que éstos tenían de una realidad circundante: la Magia (tratada en la parte I), los Milagros (II), la Demonología (III), la Adivinación (IV), la Astrología (V), y la Alquimia (VI). Cada uno de estos grandes apartados va precedido por una introducción de Luck, donde se combinan bien la didáctica y la erudición. El estudio introductorio más generoso y completo es el relativo al de la Magia (pp. 35-95).

Todos estos fenómenos muestran la doble vertiente de la cultura de Grecia y de Roma. Frente a la alta filosofía, a los intelectuales, a los juristas, a los tratados científicos, se urdía entre la gente sencilla —y a veces no tan sencilla ni tan inculta— todo un mundo de creencias basadas en todo aquello que, en afortunada expresión de E.R.Dodds, puede calificarse globalmente como *lo irracional*.

El libro trata de responder a cuestiones generales, culturales, tales como el papel que jugaron realmente en el mundo antiguo las prácticas adivinatorias o mágicas, no sólo como fenómenos que escapan a la racionalidad humana sino que, incluso, se sitúan al margen de la propia religión (oficial) como conjunto de rituales bien definidos.

Aunque los textos seleccionados por Luck son de autores paganos en un contexto también pagano (es decir, no necesariamente anti-cristiano) tiene el acierto de mencionar en las introducciones, si bien en unas con más acierto y detenimiento que en otras, las relaciones e implicaciones de la apocalíptica judía en la demonología grecorromana, o la existencia y pervivencia de prácticas mágicas en el colectivo cristiano. Ciertamente Luck ha tratado el tema del *magus* que es objeto de culto, y susceptible de crear una religión (es inútil citar aquí todos los libros en este sentido, referidos por ejemplo a Apolonio de Tiana, o incluso Jesús; sobre éste, la particular visión de J. Smith, *Jesus the Magician*, Nueva York, 1978), pero ¿por qué se dan textos relativos a Apolonio, y no los alusivos a Jesús o sus seguidores escritos en idéntico sentido? ¿Acaso es distinta la magia que describe o realiza Apuleyo de aquellas prácticas con que Celso en su *Discurso verdadero* acusa a los cristianos, sosteniendo que éstos invocan a encantadores y magos bajo nombres bárbaros, y a algunos demonios, y se comportan como ellos? ¿Acaso éstos, los cristianos, a decir del mismo Celso, no realizan ritos de purificación, cantos y fórmulas capaces de arrojar el mal o extrañas señales mágicas o demoníacas; o acaso no utilizan tantos talismanes llenos de números, de piedras, de plantas, de raíces y innumerables objetos fetiches? Del mismo modo son importantes los discursos o excursos demonológicos/angelológicos de la patrística griega, y latina, que arrancan de la apocalíptica neotestamentaria. Orígenes Tertuliano, Justino, Taciano, Novaciano, Atanasio o Juan Crisóstomo hablan acerca del diablo, utilizando en algunos casos fuentes de primer orden de la mántica babilónica.

En el discurso historiográfico que trata de elucidar a través de los textos antiguos la relación entre magia y ciencia, considero que está insuficientemente tratada la aportación que el gnosticismo hace a la magia (pp. 75-76). Lo *gnóstico* lleva implícito el concepto trascendente de ciencia, máxime cuando tal conocimiento lo es,

en último término, de Dios en sí mismo o todo lo que se deriva de él. La gran cantidad de gemas talladas (anillos, colgantes, broches) que existen, acaso cientos, son objetos mágicos de inequívoca simbología gnóstica que no hacen más que ratificar el uso popular de amuletos, y que su número era mucho mayor de lo que puedan traslucir los textos de los literatos más o menos captados por estos rituales o practicantes de los mismos. El gnóstico está convencido del poder de los objetos, objetos especiales ciertamente, que son vehículos transmisores y eficientes entre el mundo supraceleste y los hombres, de modo que la posesión de uno o varios objetos mágicos sirve al gnóstico para trazarse una soteriología particular.

Tras el paseo por tantos siglos y escenarios, y comprobada la continuidad de estas prácticas y ritos a través de los siglos, el lector llega a la conclusión de que, efectivamente, en el mundo grecorromano el prodigio formaba parte de la vida de muchos hombres, quienes se acercaban a estos fenómenos no sólo como meros *curiosi* sino con la avidez de un conocimiento trascendente que, articulado a través de prácticas rituales, eran expresión de una verdadera religiosidad.

La obra de Luck es meritoria por cuanta información proporciona, y por su presentación. Se podría añadir algún texto o una referencia bibliográfica. Da igual. Lo importante es que el autor recurre constantemente a las fuentes grecolatinas, y las da. Todas sin duda son importantes. El análisis interpretativo de conjunto, y comparativo, también es mérito del autor en mayor o menor grado, pero siempre creando expectativas y alternativas a los problemas suscitados e invitando a la investigación pormenorizada.

Desde el punto de vista formal es justo alabar la composición y la inclusión al final del libro de varios índices detallados (analítico y de fuentes) tan útiles para el lector común como para el investigador.

Ojalá que *A.M.* sea leído no sólo por los estudiosos de nuestras universidades, sino por los *dilettantes* de las *ciencias ocultas* (¡qué flagrante *contradictio in terminis!*), por los modernos angelólogos, por los predicadores apocalípticos de tal o cual secta o religión, en fin, por los falsos y verdaderos profetas de nuestro tiempo finisecular. A unos y otros esta obra nos enseñará muchas cosas, y ojalá nos haga reflexionar —para eso están los libros— a cerca de esa atractiva y fatal mezcla de temor y mal que se esconde en un rincón de nuestro sub/in consciente, miedo y fragilidad humanas que en el fondo no son otra cosa que la aceptación del kierkegaardiano *ex-sistir*, estar fuera de Dios, el sentirse *arrojados al mundo*, a la deriva en el lado opuesto del bien.

Sabino Perea